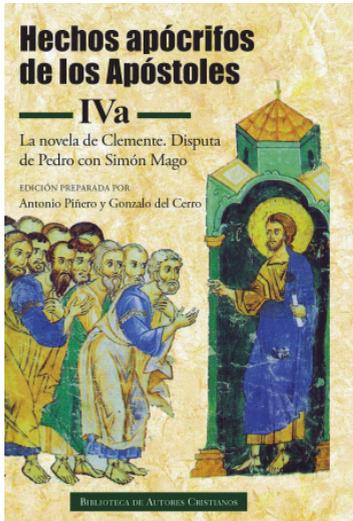


## LA NOVELA DE CLEMENTE. DISPUTA DE PEDRO CON SIMÓN MAGO




---

PIÑERO SÁENZ, ANTONIO & DEL CERRO CALDERÓN, GONZALO (EDS.) (2023). *Hechos apócrifos de los Apóstoles, IVa. La novela de Clemente. Disputa de Pedro con Simón Mago*. Madrid: BAC. 888 pp., 45.95 € [ISBN 978-84-220-2316-6].

---

PEDRO GIMÉNEZ DE ARAGÓN SIERRA  
Universidad Pablo de Olavide de Sevilla  
pgimsie@upo.es

LA BIBLIOTECA DE AUTORES CRISTIANOS (BAC) HA PUBLICADO por fin en noviembre de 2023 el primero de los dos volúmenes dedicados a las *Pseudoclementinas* dentro de la colección *Hechos apócrifos de los Apóstoles* (vol. IVa). En este primer volumen se incluye la “Introducción General” (hasta la página 254) y la edición del texto griego y su traducción al español de las *Homilías Pseudoclementinas* (hasta la página 867). Sólo el fino papel de la BAC y su tipo de letra reducido permite incluir tanto en un solo tomo. El próximo volumen editará el texto latino y su traducción al español de las *Recognitiones Pseudoclementinas*.

Respecto a la traducción, poco hay que decir, porque los autores son expertos de reconocido prestigio internacional y han realizado un trabajo impecable que puede leerse con fluidez. El texto griego, como es habitual, está basado en la *editio princeps* de Rehm.

En cuanto a la “Introducción”, por su extensión hubiera sido ya digna de un libro monográfico porque es, de hecho, el estudio más profundo que se ha realizado en español sobre la literatura pseudoclementina. Los editores han utilizado el término “novela” en el título porque ciertamente el *Escrito Básico* (en el que se basaron los autores-compiladores de la obra griega *Homilías Clementinas* y del libro latino *Clementis Romani Recognitiones*) es “la primera gran novela cristiana” y tiene claras influencias de novelas helenísticas como la anónima *Historia de Apolonio, rey de Tiro*, las *Aethiopica* de Heliodoro, *Habrócomes* y *Antía* de Jenofonte de Éfeso o *Dafnis y Cloe* (capítulo 7 de la “Introducción”). En esas obras también hay *recognitiones* o reconocimientos similares a los que experimenta Clemente al final de la novela, cuando se encuentra con sus padres y sus hermanos, a los que había perdido de niño. En las ocho páginas del capítulo 3 de la “Introducción” se resume la trama y en el capítulo 5 se describen los personajes más importantes: Adán, Pedro, Clemente, Santiago, Simón Mago, Juan Bautista y Pablo (aunque Adán, Juan Bautista y Pablo no son propiamente personajes de la obra, pero sí referentes a los que se alude a menudo). Pero, en mi opinión, sería más exacto calificarla de “gran novela judeocristiana”.

El capítulo 6, “El judeocristianismo de las Clementinas” es interesante y concienzudo. Aunque Antonio Piñero Sáenz y Gonzalo Del Cerro Calderón se hacen eco de cierta crítica contemporánea al término “judeocristianismo” como un constructo historiográfico sin referentes en la Antigüedad, explican con claridad que lo cierto es que, desde Justino Mártir al menos, se distingue a los cristianos judíos de los cristianos gentiles, por lo que es irrelevante utilizar el adjetivo “judío” antes o después de la palabra “cristiano” para referirse a aquellos que, aún creyendo en Cristo, seguían considerándose judíos y practicando todos los *mizvot* o mandamientos de la *Torá*, porque no cabe duda de que ese tipo de cristianos existió y tenía identidad diferenciada respecto a los cristianos gentiles de la Gran Iglesia desde el siglo I d.C.

Quizás el problema de los que han criticado el uso del término “judeocristianismo” es precisamente que utilizan categorías conceptuales anacrónicas como “religión”, “judaísmo” y “cristianismo”, que no existían en los siglos II-III d.C., como han explicado entre otros Talad Asad, Steve Mason, Daniel Boyarin y yo mismo. La gente del siglo III d.C. – cuando se escribió el *Escrito Básico* (EB) pseudoclementino – no utilizaba sustantivos abstractos para definir los sistemas religiosos de creencias y prácticas clasificando a las personas en grupos cerrados. El término “judío” era de carácter étnico y el término “cristiano” hacía alusión a una escuela filosófica o rabínica y, sólo a partir del siglo IV d.C., a una religión en el sentido moderno del término. De ahí que para el autor del EB fuera perfectamente compatible ser judío y cristiano, así como el hecho de que no estuviera en contra de la conversión de los gentiles cristianos, que no tenían por qué cumplir los *mizvot* de la *Torá* de los judíos.

En cuanto a la cuestión de los diversos tipos de judeocristianos, los autores de la “Introducción” tratan de los ebionitas y los elcasaitas, pero no de los nazarenos. Me parece una ausencia relevante porque, en mi opinión, tanto el autor de EB como el de su desarrollo latino, *Recognitiones*, estaban más cerca de esta corriente, considerada por Epifanio y Jerónimo menos herética o más cercana a la Gran Iglesia Católica. Aun así, comparto con ellos y con Boyarin – al que citan en la p. 8 – que los límites entre unas corrientes y otras no eran tan rígidos como tienden a considerar a menudo los historiadores de las religiones, con esa “taxonomanía” o manía clasificatoria que tiene su origen en la biología y se ha utilizado durante siglos con un afán positivista que pretende ordenar los fenómenos religiosos en taxones y clados como si se tratase de animales o vegetales. La gente de los siglos II-IV d.C. no tenía tan claro lo que significaba ser ebionita o elcasaita y podía coincidir con un austero ebionita vegetariano en algunas cuestiones, con ideas del *Libro de Elcasai* en otras completamente distintas y con opiniones diferentes de un nazareno amigo de los cristianos gentiles de la Gran Iglesia. Lo mismo ocurre con las ideas gnósticas, tema en el que estoy totalmente de acuerdo con el juicio de Piñero, uno de los máximos expertos a nivel internacional en gnosticismo, que – aun apreciando la presencia de algunos temas propios de la gnosis en las *Pseudoclementinas* – concluye con argumentos rotundos que la obra no puede considerarse gnóstica.

El *Escrito Básico* (EB) probablemente fue escrito entre 212 y 224 d.C., mientras que el autor de *Homilias* (H), un ebionita, y el de las *Recognitiones* (R), un judeocristiano de menor complejidad teológica, debieron publicar sus versiones ampliadas del EB por separado a finales del siglo IV d.C. (cap. 12). Los tres escribieron probablemente en Siria (cap. 13). Piñero y Del Cerro explican bien cómo los investigadores han reconstruido EB comparando los pasajes más o menos idénticos de H y R, e incluyen un cuadro sintético muy clarificador en las páginas 159-161 (cap. 8).

Su postura respecto al debate historiográfico relativo a la inclusión en EB de la *Epístola* de Clemente, presente sólo en algunas ediciones, o el largo pasaje H, IV 6,2 - VI 26,1 (debate entre Clemente y Apión sobre la cultura griega), se acomoda al consenso actual, que tiende a incluirlos.

Entre las fuentes utilizadas por el autor del EB, hay que considerar en primer lugar los *Períodoi Pétrou* y los *Kerygmata Pétrou* mencionados por Jerónimo y Epifanio a finales del siglo IV, las *Anabathmoi Iakóbou*, las obras de Bardasanes de Siria y la antigua fuente judeocristiana que hay detrás de R, I 27-72.

La postura de Piñero y Del Cerro respecto a R, I 27-72 (que Rius Camps, Jones y yo mismo consideramos una fuente judeocristiana más antigua interpolada sólo en *Recognitiones* y no en *Homilias*) es algo incoherente, porque en la página 168 dicen en un pequeño párrafo que perteneció al EB, mientras que en el capítulo 9, al detallar las

peculiaridades de R y H, argumentan que el autor de R modificó al EB en R, I 27-72 porque “olvida que el sentido de toda la obra es una relación a Santiago de las prédicas de Pedro. Por ello es un tanto extraño que no haya caído en la cuenta de que dentro de lo enviado van incluidas unas escenas de la vida de Santiago en Jerusalén. No es normal que Pedro le cuente a Santiago su propia vida” (pp. 172-173). Además, en las conclusiones (p. 232) admiten que la mayoría de los investigadores acepta la existencia de dicha fuente judeocristiana más antigua que EB. Tampoco entran a analizar los múltiples argumentos utilizados en mi libro y el de Jones sobre la independencia de dicha fuente (que yo, frente a Jones, limito a R, I 27-42). En cualquier caso, se comprende que para ellos sea un asunto menor en el conjunto de las *Pseudoclementinas*, dada la inmensidad de estas dos obras.

Más relevancia han otorgado a otro asunto tratado en un capítulo de mi libro *“La Historia de la Salvación”, una antigua fuente judeocristiana*, ya que le han dedicado todo un apéndice titulado “La tradición de la huida de la comunidad primitiva de Jerusalén a Pella” (pp. 236-245). Aunque han resumido algunos de mis argumentos, en mi opinión no lo han hecho suficientemente, por lo que remito al lector de esta reseña interesado en el tema – para no cansarlo ahora – al mencionado capítulo de mi libro. Tan sólo me permito aquí sugerir que, si Piñero y Del Cerro acaban concluyendo que “la cuestión de la huida a Pella queda, pues, en suspenso, aunque nos inclinamos por la no historicidad del evento, al menos no con la importancia que le concede Eusebio y, tras sus pasos, Epifanio. Y la razón básica: profunda desconfianza hacia nuestros informantes”; yo me inclino más bien por desconfiar de los teólogos católicos y evangélicos que, por desprestigiar al judeocristianismo primitivo, tienden a rechazar el hecho histórico de la huida a Pella de la comunidad cristiana judía de Jerusalén con el fin obvio de eliminar de un plumazo a dicha comunidad, que era sin duda la más cercana a Jesús, a los Apóstoles e, incluso me atrevería a decir también que la más cercana al judío cristiano Pablo de Tarso (a pesar del supuesto antipaulinismo de las *Pseudoclementinas* que hay que matizar claramente como antimarcionismo o, al menos, con un rechazo del Pablo imaginado por Marción). Mucho más cercana, sin duda, que la comunidad de gentiles cristianos defendida por Justino Mártir frente a la de los cristianos judíos por él mencionados. Mi punto de vista es el de un historiador aconfesional, mientras que el de algunos exégetas cristianos es claramente subjetivo porque se identifican con el cristianismo gentil frente al cristianismo judío. Punto aparte merece el caso de Samuel Brandon, capellán anglicano en la Segunda Guerra Mundial claramente inclinado por los judíos e Israel, al que se debe la mayor parte de los argumentos en contra de la historicidad de la huida a Pella (por cierto, poco examinados por Piñero y Del Cerro). Pero su argumentación es claramente apriorística: tenía que demostrar la cercanía de Jesús y sus discípulos

hacia los celotes, por lo que le estorbaba el hecho de que los judeocristianos de Pella fueran desertores que abandonaron Jerusalén antes de su caída. Por otra parte, no entiendo por qué habría que desconfiar de Eusebio y Epifanio que no eran precisamente judeocristianos, sino que por el contrario criticaban en algunos pasajes con dureza a ebionitas y elcasaitas. Finalmente, no creo que pueda utilizarse la lista de obispos de Jerusalén de Eusebio como un argumento contra la huida a Pella, porque es obvio que Jerusalén fue arrasada y transformada en campamento de la *Legio X Fretensis* sin presencia judía ni judeocristiana desde el 74 hasta el 132 d.C., como ha demostrado la arqueología, tema al que he dedicado al menos dos artículos académicos. Aparte de que el monoepiscopado no existía aún en las últimas décadas del siglo I d.C., por lo que aquí sí que hay que desconfiar de Eusebio de Cesarea, que o bien se inventó la lista o bien se creyó a los que la inventaron. En cualquier caso, el tema de la huida a Pella es un debate historiográfico que merece un desarrollo mayor en otro momento. Y he de agradecer a Piñero y Del Cerro la relevancia que le han otorgado.

Por último, hay que comentar el capítulo 4 de esta magnífica “Introducción”, el más extenso, titulado “Contenido teológico”. Lo he dejado para el final porque me parece el más importante y creo que puede ser el que más despierte el interés del lector de esta reseña. Se trata de una síntesis magistral del pensamiento religioso judeocristiano de los autores de las *Pseudoclementinas*. Resumiéndolo mucho, los autores distinguen once grandes ideas:

- La unidad divina. Solo hay un Dios. La naturaleza de Dios. La insistencia de las *Pseudoclementinas* en que Uno solo es Dios sólo tiene rival en el *Corán*. No creo, sin embargo, que exista la contradicción que aprecian Piñero y Del Cerro entre este monoteísmo riguroso antitrinitario y una fórmula bautismal en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, ya que – como ellos mismos explican – los judeocristianos creían en el Hijo, pero de carácter exclusivamente humano, y en el Espíritu, pero como un modo de Dios similar al del judaísmo de *Proverbios* o *Sabiduría* (H, XVI 12, 1). A este Dios único y trascendente sólo se le podía conocer por revelación natural o lógica y por revelación sobrenatural, ya sea por medio de las Escrituras o por la enseñanza del Verdadero Profeta.
- La providencia divina. Frente a la defensa filosófica del azar como causa universal y la superstición respecto a las estrellas que marcan desde el nacimiento el destino humano, se argumenta a favor de la omnipotencia divina que todo lo ha previsto, conocido y predestinado, idea que se hace compatible con el libre arbitrio de los elegidos.

- La naturaleza de Jesús como Mesías. El Profeta Verdadero. Jesús es el Hijo de Dios en sentido judío, como pudo serlo David o el Sumo Sacerdote, es decir, un ser humano. No es Dios. La creencia en la preexistencia de Cristo no es incompatible con esto, puesto que Cristo es “el Nombre del Mesías”, una de las siete cosas preexistentes a la creación según la tradición rabínica (las otras eran *Torá*, Paraíso, Infierno, Arrepentimiento, Templo y Trono de Gloria). Ese Cristo preexistente se manifestaba como el ser angélico de *Gen* 18,1 que en *R I*, 33, 1 se denomina “el Verdadero Profeta”, una entidad que aparece en múltiples ocasiones en las *Pseudoclementinas* encarnándose en diferentes seres humanos de cada generación según unos pasajes y sólo en siete grandes profetas antecesores de Jesús según otros pasajes: Adán, Henoc, Noé, Abrahán, Isaac, Jacob, Moisés. Esta cristología se situaba más cerca del arrianismo que del catolicismo y, de hecho, en *H*, XVI 16, 2-3, se dice claramente que Jesús no tiene la misma esencia que el Padre (aunque en *H*, XX 7, 6 se menciona el término católico *homooúsios*, pero advirtiendo que Jesús no tiene el mismo poder que el Padre). Las contradicciones, obviamente, proceden de las múltiples manos que escribieron las *Pseudoclementinas* en la forma que nos ha llegado.
- El dualismo del universo presente y futuro. Ley de los pares o sicigías. La idea de que la creación divina está organizada según pares o sicigías está presente en la literatura gnóstica y, sin duda, hunde sus raíces en el dualismo judío de época helenística con influencia persa que se manifiesta, por ejemplo, en los textos qumránicos que hablan del Camino de la Luz y el de las Tinieblas. Ese dualismo tiende a considerar lo femenino como maligno, aunque el bautismo permitía a las mujeres escapar del Mal.
- La Ley de Moisés. La *Torá* había que cumplirla y respetarla, como lo hacían los demás judíos no cristianos, pero en las Escrituras judías existían perícopas falsas que había que descartar, porque habían sido introducidas por escribas ignorantes. La verdadera Ley era la *Torá Oral* que Dios transmitió a Moisés, no la que había llegado por escrito, corrupta por interpolaciones. En cualquier caso, hay que cumplir los *mizvot* o mandamientos de la *Torá* de Moisés, incluyendo la circuncisión o la abstención del cerdo. De hecho (y en esto coinciden con el Pablo de la *Carta a los romanos*), los judíos que cumplan la *Torá* y no crean en Jesús se salvarán, como también se salvarán los gentiles que crean en Jesús pero no cumplan la Ley de Moisés. Ahora bien, la verdadera perfección radicaba en cumplir la *Torá* y creer en Jesús (*H*, VIII 6, 5).

- La salvación. El bautismo. La salvación de los gentiles se produce merced al bautismo, instituido por Jesús, no por el Bautista, para sustituir a los sacrificios templarios. Se realizaba con la fórmula trinitaria en aguas vivas tanto dulces como saladas, para vencer al fuego demoníaco.
- El pecado y su origen. Retribución divina. El pecado no fue introducido en el mundo por Adán y Eva, como dicen perícopas falsas de las Escrituras, sino por la falta cometida por los Hijos de Dios con las Hijas de los Hombres, que supuso la introducción de los sangrientos sacrificios rituales.
- Las Escrituras en las *Clementinas*. La única forma de discernir qué perícopas de la Ley escrita eran falsas, consistía en la interpretación de las Escrituras según la tradición judía sin utilizar textos ajenos a las mismas, así como en la revelación del último Verdadero Profeta, Jesús, transmitida igualmente de forma oral a sus discípulos. En cualquier caso, todo lo que en las Escrituras denigre a Dios es falso. Esta idea de las perícopas falsas no va sólo contra la exégesis del marcionismo y el gnosticismo gentil, sino también contra la de los rabinos de la *Misná*. La forma de interpretar la *Torá* por parte de las *Pseudoclementinas* es radical: vegetarianismo frente a sacrificios rituales, exaltación de los pobres frente a los ricos, riguroso rechazo de los juramentos, etc. Las Escrituras que utilizaban los autores de las *Pseudoclementinas* eran las de los Setenta, en griego.
- Ética práctica de acuerdo con la Ley y las buenas costumbres del Imperio. Las *Pseudoclementinas* no sólo insisten en la ética práctica del Decálogo, sino también en las normas morales judías relativas a la pureza ritual: no mantener relaciones sexuales nada más que con la esposa legítima excepto cuando tiene la menstruación, lavarse tras el coito, practicar baños rituales con frecuencia, abstenerse de comer con los no bautizados (solución atribuida a Pedro del enfrentamiento entre Pablo y los enviados de Santiago el hermano de Jesús respecto a comer con incircuncisos relatado en *Gálatas*).
- Antropología. El alma humana. El cuerpo. El ser humano está compuesto de espíritu, alma y cuerpo según unos pasajes o simplemente de alma y cuerpo según otros, pero aunque el ser humano resucitará en cuerpo y alma, sólo el espíritu es inmortal y el cuerpo tras la resurrección será de luz, como el de los ángeles. Los cuerpos y las almas de los pecadores, tras sufrir suplicio por un período, serán aniquilados.
- Ángeles y demonios. Los ángeles y los demonios son espíritus con una naturaleza corpórea similar al fuego. Los demonios son las almas de los gigantes o hijos de los ángeles caídos que fornicaron con las hijas de los hombres. Dios los utiliza para castigar a los pecadores. A ellos se debe la introducción

del rito de los sacrificios. Sin embargo, al Final de los Tiempos, incluso el Maligno, que cumplía una misión divina, se convertirá y será salvado.

Animo a los lectores de *ARYS* no sólo a disfrutar de esta gran novela judeocristiana y a aprender de la magnífica “Introducción” de Piñero y Del Cerro, sino también a investigar los múltiples debates que aún existen sobre la literatura pseudoclementina, así como los sugerentes temas que pueden trabajarse a partir de estos textos como temas monográficos, comparándolos con otros escritos de la época.